



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

RETRATO DEL EGOISTA.

Y conocido el mal no daña tanto.

(Calderon de la Barca.)

El egoista comprende las utilidades que puede prometerse de la probidad, y trata de tener la estrictamente necesaria para que no pueda decirse que carece absolutamente de ella. Tiene la íntima convicción de que su modo de ver las cosas es el mas discreto; pero nunca combate con energía la opinion ajena, ni hace alarde de marchar por distinta senda de los demas. Esta circunstancia es la que le distingue esencialmente del cínico y del hipócrita.

En sus modales no se echa de ver la grosería que podria esperarse de quien de nada mas se ocupa que de su propio interés, y por el contrario oculta esmeradamente la frialdad de su alma con un exterior amable, y que previene en su favor; mas como esta finura no proviene ni del deseo de agradar, ni del placer

de ser útil á sus amigos, todo se reduce á frívolos cumplimientos, á palabras que nada cuestan, á promesas ambiguas que no envuelven el menor compromiso.

No desenfrenado se desboca tras de los placeres, por muy poderosa que sea su inclinacion hácia ellos, porque sabe muy bien las fatales consecuencias que traen en pos de sí.

Su esclusivo amor es el amor del dinero; pero tampoco manifiesta la ansiosa manía del avaro; es decir, no es capaz de sufrir el martirio por conseguirlo, ni es tampoco su felicidad suprema el tenerlo acumulado ni oculto bajo la tierra.

En los puestos y altas dignidades lo que menos aprecia el egoista es el público aplauso. Siendo César hubiera vendido su fama póstuma por un billete de convite al festin de Cleópatra. Siempre lo positivo!

Con ser capaz de asistir indiferente á la calamidad mas trájica, se enardece y pone en juego todas sus fuerzas para defender el menor de sus derechos. Entonces es cuando

resuenan en sus trémulos lábios las palabras *Justicia, Deberes*, etc.: entonces es cuando el egoista precipita su habitual lentitud, y no teme incurrir en actos que mancillen su reputacion de hombre honrado. ¿Qué es en efecto la reputacion sin las ventajas que el egoista se promete de ella? Siendo capaz de emplear la mas atroz violencia para defender el menor de sus derechos, acaso, si esperase quedar impune, no le faltaria audacia para atacar los ajenos: el egoista es hombre de valor no habiendo peligros que arrostrar. Si la peste, si la guerra civil cae con sus horrores sobre el pueblo en que habita; si ocurren divorcios, quiebras, dolorosas ejecuciones entre los individuos de su propia familia; si vé que las llamas devoran la casa de su hermano, el egoista no tiene mas que un pensamiento, no se rinde mas que á una inspiracion: *Utilizar del mejor modo posible los hombres y las cosas*. A los pies del lecho de su moribundo padre está friamente pensando en la herencia que va á adquirir.

Aquel poder invencible, que segun los poetas avasalla á los dioses y á los hombres, el amor, no conseguiria victoria de un egoista, si en vez de flores y regalados sueños no cautivára su atencion con la esperanza de una utilidad positiva. Entonces es cuando el egoista se atreve á conducir á una mujer al pié de los alta-

res, fingiendo para conseguir lo mas (su dote) lo menos (el amor). Para realizar esta esperanza aprenderia á bailar á los cincuenta años, y pasaria por la Puerta del Sol en mitad del dia sustentando en sus graves manos el gozquecillo favorito de su dama. En cualquier otro caso el matrimonio no es para el egoista mas que un conjunto de pesadas obligaciones, sin que ofrezca nada de particular. Para el egoista hay flores en el mas inmundo cieno!

Manifestad vuestro corazon devorado de penas al ente vil dominado por el egoismo; no os negará, nó por cierto, algunas señales de interés, algunas palabras de consuelo; pero estad seguras que la intensidad de vuestro dolor produciria mas impresion en una roca que en aquel corazon desnaturalizado. ¿Sabeis lo que significa aquella réproba sonrisa mal comprimida que deja asomar á sus lábios en tanto que las lágrimas inundan vuestras mejillas? Pues significan (acabad de comprender al egoista), significan que en su interior está diciendo: *¡Qué feliz soy en verme libre de semejante posicion!* Hasta vuestro dolor ha convertido en propia satisfaccion!

De aquí nace, que segun su modo de ver, la generosidad no es mas que una flaqueza, que todo hombre prudente debe evitar;

Que toda deuda de gratitud puede saldarse nada mas que con palabras;

Que un amigo es un hombre cuya sociedad gusta, ó vale mas que la de los otros;

Que los grados de parentesco se miden por la herencia que se espera de ellos; y profesando todos los hombres unos mismos principios, es decir, siendo su esclusivo Dios la utilidad, con todos se debe estar en continua guerra....

Pero baste de abominaciones. Por dicha el egoismo no es ordinariamente la pasion de la mujer; pero como podria ser su víctima, nos ha parecido que su retrato, por feo y repugnante que sea, puede ser útil á nuestras lectoras en mas de una ocasion.

LITERATURA.

BALADA.

A mi amigo D. JUAN ANTONIO VIEDMA.

Allá en el fondo de un valle
que el Sil con sus aguas baña,
entre el junco y espadaña
que adornan su estensa calle,
alzábase una cabaña.

En ella, cuenta la historia,
vivieron en tiempos antes,
dos finos, tiernos amantes,
de quien es fama notoria
fueron fieles y constantes.

Diz, que el valle los miró
niños jugar en sus flores,
y que el rio reflejó
en su cristal los albores
del amor que los unió.

El aura siempre afanosa
de publicar lo que escucha,
dijo con voz melodiosa,
que era la doncella hermosa,
que su modestia era mucha.

Que el mancebo que inspiraba
á la bella tal pasion,
bien merecerla lograba,
pues que en su pecho abrigaba
noble y leal corazon.

Los años fuéronse huyendo
unos tras otros corriendo,
y constante, cual de niño,
al par de la edad, creciendo
fué su inocente cariño.

El cielo admirado vió
tal amor, tanta firmeza,
y premiarla decidió,
y una corona ciñó
de la hermosa á la cabeza.

Los céfiros voladores
su elevacion publicaron;
cantáronla mil loores,
y los hombres la aclamaron
por reina de los amores.

Quando el mancebo escuchó
tal nueva, diz, que el amante
corazon se le oprimió,
contemplando cuán distante
se hallaba de la que amó.

Mas ocultando el pesar
que el corazon le tortura,
fué el primero á tributar
homenaje á la hermosura
que acaban de coronar.

Al verle á sus piés rendido,
la graciosa soberana,
su magestad dió al olvido,
y el rostro mostró teñido
con vivas tintas de grana.

Y en acento cariñoso, según la fama pregonada, le dijo: «Si el amoroso fuego me dió una corona, partámosla... sé mi esposo.»

Celebró su esplendidez el valle con gran clamor, y el cielo justo á su vez, les dió para eterna préz, talento, virtud y amor.

Y entrambos esposos fueron modelo de sábios reyes, felices ambos vivieron, y al par de su dicha, hicieron, la de su pueblo, sus leyes.

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

El valor del tiempo.

(Traducción libre.)

—Ay, madre mía! dijo cuando aquella entró; cuánto ha tardado Vd. en volver! Por lo menos confío en que Vd. habrá vendido las flores y me traerá lo que necesito?

Su madre hizo un signo negativo con la cabeza, dejando la caja en el suelo, y fijando en su hija los ojos llenos de lágrimas. El rostro de la jóven se alteró visiblemente.

—Cómo! No ha vendido Vd. nada? preguntó de nuevo con desesperación. Dios mío! Pues no las habían pedido la señorita Luisa de Sandoval y la señora de Ramirez?

—La señorita de Sandoval me ha entretenido más de dos horas, y después de haber visto y revuelto todas las flores, no me ha comprado más que una por valor de seis reales. Luego como la señora de Ramirez me ha esperado cerca de una hora, se ha incomodado conmigo, y no ha encontrado ninguna á su gusto. Y en verdad que las flores, después de tanto revolverlas la señorita de Sandoval y sus amigas, como no las arreglemos, ni pueden mirarse.

—Pero y la corona de boda para la señorita de Alvarez, cómo la concluyo no teniendo lo necesario? Después de emplear cuatro horas en esperar, ir y volver, no tener más que seis reales! Ay, madre mía, qué poco conocen las personas ricas el valor del tiempo que nos hacen perder!... Quiere Vd. ir á comprar con esos seis reales seda blanca y verde?

—Los he gastado ya para comprar que comer. Sabía que nada teníamos en casa, y el niño pedirá pronto su comida. Duerme aún?

—Sí, véalo Vd., qué bien duerme! respondió la jóven, y levantando ligeramente una punta de la colcha, descubrió á su lado un precioso niño de un año, poco más ó menos, que descansaba sosegadamente con la feliz ignorancia propia de su edad.

Las dos contemplaron al niño, y sus ojos se llenaron de lágrimas: después de algunos minutos la jóven madre se volvió diciendo:

—Cómo haremos? Es preciso concluir esta corona, ó dentro de ocho días nos echarán de la habitación.

De pronto se detuvo: un vivo rubor, indicio de una lucha interna, se esparció por sus mejillas, mientras sus labios palidecían cada vez más; entonces arrancando de su dedo su sortija nupcial la alargó á su madre.

—No es más que por algún tiempo, dijo con amargura; y además, ¿qué importa? Por qué he de tener tanta pena en desprenderme del símbolo de nuestra unión, cuando él ya no existe?... No, no, es preciso... Por nuestro hijo, por su hijo! Sí, yo debo hacer este sacrificio por mucho que me cueste.

Su madre tomó la sortija, sin proferir una palabra. Era un sacrificio que no se hubiese atrevido á pedir, aunque le parecía inevitable. Aquella sortija era el único objeto superfluo que las quedaba. La tomó, pues, con tristeza y salió.

Cuando su hija quedó sola, se apoderó de la corona de azahar, exclamando: «Ay! cuando aquella novia feliz lleve esta corona, qué lejos estará de pensar en las lágrimas abra-

sadoras, en las manos fatigadas, en los corazones quebrantados que han dirigido ó llevado á cabo su confeccion! Yo tambien fuí dichosa en algun tiempo.... ¡Quién me hubiera dicho entonces que llegaría á verme en tal miseria! Si esto es un sentimiento de envidia, perdonádmelo Dios mio!

Y arrojándose sobre la cama, al lado de su hijo dormido, espera silenciosa é inmóvil la vuelta de su madre.

En tanto, aquella iba rendida y con el corazon oprimido á cumplir su penosa comision. Absorta en sus tristes reflexiones apenas sabia qué camino llevaba, hasta que al fin se encontró en la calle del Cármen, junto á la puerta de un acreditado diamantista. Entró tímidamente: esperó á que un dependiente estuviera desocupado, y entonces, mostrándole la sortija, le manifestó el objeto que allí la llevaba.

—Señora, le contestó, no compramos alhajas de lance, y en todo caso no podríamos dar á Vd. mas que el valor del oro.

—Y cuánto podrá valer, preguntó temblando?

—Sobre poco mas ó menos, unos doce reales, respondió distraido.

—No podría Vd. dar algo mas? añadió con aire suplicante. Me encuentro en la última necesidad, y no tengo mas que esto.

—No vende Vd. flores artificiales? la preguntó un caballero, que admirado de la dulzura y delicadeza de sus modales, la observaba desde su entrada en la tienda.

La florista contestó afirmativamente.

—No ha vendido Vd. nada esta mañana?

—Una señorita me ha comprado una flor por seis reales, pero me ha hecho esperar dos horas, y esto ha sido causa de descontentar y perder la parroquia de una señora que me hacia ganar mucho.

El caballero se mordió los labios, y atravesando precipitamente la tienda, volvió en seguida, llevando á Luisa de la mano. Aquel caballero era el señor de Sandoval, que estaba esperando á su hija, ocupada en aque-

momento en escoger un par de pulseras, en el otro extremo del mostrador.

—Repita Vd. á mi hija lo que acaba Vd. de decirme, señora; se lo suplico, porque es preciso que lo oiga.

—Disimule Vd., caballero, y perdone á la señorita, contestó la viuda con respetuosa firmeza: sin duda ignoraba cuánto vale el tiempo para los que dependemos de nuestro trabajo, y mi intencion no ha sido la de quejarme de ella.

—Permítame Vd. al menos reparar su falta, repuso el padre; pero como me parece mejor elegir un sitio menos público para explicarnos, deje Vd. que la acompañe ahora hasta su casa en mi carruaje. Vd. ha andado hoy mucho y debe estar cansada.

Todas las excusas de la viuda fueron inútiles. Un instante despues estaba sentada junto á Luisa, en el magnífico carruaje del señor Sandoval, con gran disgusto de la jóven, que se recostó en el fondo del coche, haciendo lo posible para ocultarse, temiendo que alguno la conociera al pasar por la Puerta del Sol, llevando á su lado á una persona tan mal vestida.

El coche tuvo que detenerse á la entrada de una estrecha calle; pero el señor de Sandoval aparentando no reparar en la suciedad del piso, y en la oscuridad de la escalera, arrastró resueltamente á su hija, y aquella jóven, hermosa, rica y elegante, se encontró por primera vez frente á frente con las víctimas de la desgracia y la miseria.

La vista de aquel cuarto desmantelado, y de la pobre enferma recostada sobre la cama, la hizo estremecer dolorosamente. Hasta entonces Luisa no sabia lo que era pobreza, y aún allí se la mostraba bajo la forma menos repugnante, porque aquel cuarto, aunque frio y desamueblado, estaba aseado: á pesar de su enfermedad y su palidez, la pobre viuda iba vestida con limpieza; su bello niño, sentado á su lado, y fijando sus grandes ojos negros sobre los recién venidos, como si quisiera preguntarles el objeto

de su visita , comunicaba á aquel grupo una gracia encantadora.

Quando Luisa vió el reconocimiento que excitaron las compras hechas por su padre, y la alegría con que fué recibida, la para ella insignificante suma de doscientos reales, empezó á comprender un poco el valor del dinero. Pero el profundo sentimiento de felicidad y gratitud con que la jóven viuda recobró su sortija de boda, conmovió de tal modo á Luisa, que en aquel momento se sentía dispuesta á sacrificar el valor de la mitad de sus alhajas por poder proporcionar una alegría semejante.

Por muy útil que fuese aquel encuentro inesperado para las dos pobres viudas, lo fué aun mas bajo otro punto de vista para Luisa Sandoval. Es verdad que salieron de su triste situacion para colocarse en una posicion desahogada, que en proporcion de sus modestos deseos era casi la riqueza; pero Luisa se corrigió de la mezquindad de sus sentimientos, de su falta de caridad, defectos odiosos, que sin una leccion como aquella, hubieran estinguido todas sus buenas cualidades naturales.

La leccion fué eficazísima, y Luisa de Sandoval, tan frívola en otro tiempo, es ahora un modelo de bondad para con las personas que la sirven, y de moderacion en los gastos, que su inmensa fortuna podria justificar.

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

LECCIONES DE LA MAMÁ.

LAS AVES.

Una de las ocupaciones mas entretenidas y agradables para una señorita, decia Luisa á su hija, es el cuidado de los pájaros. Dando nuestra atencion y cariño á estos pequeños seres, que crecen á nuestra vista, podemos estudiar sus curiosas costumbres y habituarnos á conceder nuestra proteccion á todo

lo que es débil. Viviendo como en familia, por decirlo así, con estos lindos huéspedes de nuestros jardines, tenemos ocasion de admirar á cada paso la magnificencia del Criador.

EL CANARIO.

El canario, Carolina, que podríamos creer natural de nuestro clima, segun lo generalizada que encontramos su especie por todas partes, no es sin embargo originario de la Península. Los primeros que se vieron en Europa se trajeron de las Islas Canarias; pero siendo éstas una de nuestras posesiones ultramarinas, y en el dia una de las provincias del reino, no se puede negar á esta avecilla su cualidad de española.

El canario, aclimatado en nuestro pais hasta en las regiones mas frias, es el músico de nuestras habitaciones. Siendo el queridito de las niñas, que se hacen un placer de su cuidado y educacion, corresponde á los cariños de su jóven ama con pios dulces que se asemejan á exclamaciones de ternura: salta alegre y regocijado de uno en otro alambre al ver por las mañanas á su providencia que le lleva el sustento apetecido, y batiendo sus alas le ofrece cariñosos besos en su piquito encantador. La conoce siempre sin confundirla con otra, siendo una de las aves que tienen el instinto mas fino.

Los alimentos de los canarios son los cañamones, que es preciso machacárselos; tambien gustan mucho del mijo y del alpiste. Como verdura se les debe poner hojas de escarola, de lechuga, ó de berros, no descuidando que tengan siempre agua fresca y limpia en un vaso para que puedan bañarse, á lo que son muy aficionados.

Estos pájaros hacen tres ó cuatro crias al año, poniendo en cada una de cuatro á seis huevos. Para que formen su nido se colocan en la pajarera dos cestitos de mimbre con un poco de musgo menudo, cerda ó algadon. La hembra cubre los huevos por espacio de tres dias; al cabo de este tiempo se le debe po-

ner un poco de huevo cocido duro desmigajado, y un poco de pan mojado en leche: con este alimento se les puede criar por sí misma, cebándolos diez ó doce veces al día, dándosele con una brochita fina.

Las hembras ordinariamente no cantan: todo su gorjeo se reduce á gritos de reclamo: hay sin embargo algunas que cantan hasta que ponen la primera vez.

Los canarios están comunmente sujetos á dos clases de enfermedades. La una es la epilepsia, que dá poca esperanza de poder curarse: si, por suerte, el pájaro no sucumbe al primer ataque, hay que cortarle la punta de las uñas, hacerle respirar una bocanada de olor á vino generoso, y poner la jaula al fresco.

La otra enfermedad es un grano que les sale en la parte posterior del lomo: les incomoda mucho y les pone tristes. Cuando está maduro es preciso comprimirle con la mano ó picarlo con un alfiler.

Estrella de la mujer.

Para enriquecer el mundo
descienden del cielo perlas,
y las recogen los hombres
y se engalanan con ellas.

Para embalsamar las auras
el campo flores engendra,
y respiran sus aromas
los señores de la tierra.

Aves de rico plumaje
cruzan la bóveda etérea,
y del varonil reclamo
atraídas, se encarcelan.

Y el sexo que rey se llama
y que de noble se precia,
al olvido y viento arroja
aves, y flores y perlas!...

Mujer, que la perla eres,
y la flor de pura esencia,
y el ave que amor cautiva...
llora, infelice, tu estrella!

EMILIA.

REVISTA DE MADRID.

Modas.

La fisonomía de la Moda es en este momento toda aérea, toda campestre. No se trata de otra cosa que de trajes de campo ó de trajes de baño: por consiguiente, dejando á un lado, por demasiado pesadas, las telas de seda, solo se llevan bareges, muselinas y organdis estampados, tarlatanas escocesas y gasas popelinas ó cristalizadas.

La gasa cristalizada es un género enteramente nuevo en el reino de la Moda: consiste en dos gasas colocadas, por decirlo así, una sobre otra; la una es blanca y la otra de un color delicado como gris-perla, rosa de bengala ó azul celeste. Cuando la luz resplandece sobre esta gasa hace un efecto tan maravilloso, como el reflejo abrigado de un vaso de cristal de LaHoche magníficamente tallado.

Casi todos los vestidos que se hacen de las telas de que acabamos de hablar tienen el cuerpo fruncido y alto, el talle redondo y los costados largos y lisos. Estos cuerpos se cortan al hilo: el fruncido de delante tiene de ancho como tres ó cuatro dedos, y sube en pliegues desde la cintura hasta la costura del hombro: á una pulgada de ésta el fruncido está cogido por una costura á punto de cadeneta, dejando hasta el escote un espacio liso como de tres dedos. En cuanto á la falda, si tiene ésta cinco paños, el volante debe tener seis, para que quede muy poco fruncido. Es una observacion importante que los volantes deben tener el mismo sesgo que la falda, lo que les da una gracia infinita.

Estos pormenores, amables lectoras, os parecerán sin duda muy poco divertidos, pero en cambio son muy útiles y necesarios. No se puede hablar de Modas con alguna propiedad sin que nos causen fastidio sus detalles; pero todo tiene su importancia en un vestido, hasta la manera de pegar la falda. Conviene que esta esté bien redonda por de-

lante y por los lados, y que haga un poco de cola por detrás.

Cuando el cuerpo forma casaca, los pliegues deben ser lisos y huecos para que las aldetas caigan naturalmente: con este objeto algunas modistas ponen en los contornos de aquellas perdigones de los mas menudos, y el peso de esta mostacilla no deja á las aldetas levantarse, dándoles con esta sujecion un aire muy gracioso.

Los visos para los vestidos de barege deben ser de tafetan y con volantes, guardando estos armonía con los de la falda.

A pesar del *qué dirán*, las elegantes principian á usar talles cortos en sus vestidos; es decir, sin formar punta ni por delante ni por detrás.

Aunque se habla con la mayor formalidad de destronar al chaleco, sin embargo, los de muselina y chaconá bordados, y los de nan-souk, siguen en gran favor, y se llevan con mucha aceptacion. Los hemos visto en algunas tiendas de la calle de Carretas tan graciosos, tan elegantes y de tanto lujo, como en los almacenes de la calle del Cármen. Estos han estado muy concurridos en esta temporada por las viajeras que se disponian á abandonarnos, y últimamente para el besamanos de la Granja.

En las noches que el calor permite pisar las calles de la coronada villa, un millar de curiosos y curiosas parece que se dan cita á admirar los variados objetos que adornan las vidrieras de este bazar industrial, y es tal su afluencia, que obstruyendo á veces el paso podria causar alarma, si tratándose de cosas tan ligeras como bareses ú organdis, fuesen posibles otras conspiraciones que las que se dirigen á los bolsillos del sexo barbudo.

Las mamás, cayéndoseles la baba, se detienen á contemplar los lindos maniqués giratorios de casa de *Cachena*, que ostentan trajes de niños de la forma mas elegante.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Vestido de barege gris-perla, con dos volantes anchos de una nueva disposicion: de lo alto de cada uno cae otro mas pequeño, coronado de un rizado de cinta. Cuerpo entrecabierto, adornado del mismo rizado. Manga cuadrada, abierta de un lado, en la que sobresale una guarnicion de encaje. Camiseta con cuello y dos pecheras de encaje. Capota de blonda rizada, entre la que se pierde una lluvia de flores de albérrchigo. Guante color de paja. Borceguies de gró del color del vestido.

FIG. 2.^a Vestido de gasa popelina de cuadros grandes morados. La falda está adornada de un volante muy ancho, cuya cabeza forma una lista arrasada: otra igual de cuatro dedos de ancho la guarnece por abajo. El cuerpo, de hechura de casaca, tiene el mismo adorno. Pañoleta de tul negro, guarnecida de terciopelos estrechitos y de encaje de Chantilly. Capota de blonda negra y gasa morada, con ramos de lilas y espigas de paja. Guante color de caña.

Traje de niña. Vestido de gasa, color de rosa, con tres volantes festoneados: cuerpo con aldetas, abierto, con vueltas tambien festoneadas y sujeto con tres tiras correspondientes sobre una camiseta de tarlatana plegada. Mangas de lo mismo. Capota de gasa rosa con lazos de cinta. Pantalón bordado. Botita de raso gris-perla.

Advertencia.

Las señoras Suscriptoras cuyo abono concluye á fines del corriente, se servirán renovararlo á tiempo si no quieren sufrir retraso en el recibo de los sucesivos números.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR,
Huertas, 42.